

Al ver ahora a París, (será quizás prejuicio) le encuentro grave, triste todavía.

En las frondas de los Campos Elíseos, en las encrucijadas del Bosque, en el jardín de Luxemburgo, en las alturas de Montmartre, hasta en el alegre y aristocrático restaurant de *Armenonville*, me ha parecido ver flotar aún gasas y velos, tocas y crespones, azabaches y ébanos de gala fúnebre. Me figuro que París, no obstante la victoria, conserva todavía el gesto de angustia que causaba el estridor de los *zeppelines* y no se ha repuesto del esfuerzo colosal y glorioso de los soldados libertadores del Marne.

Mas por encima de las visiones tristes, siempre flotará el verdadero espíritu de Francia; no de la Francia de los *cabarets* y del caucán, de los jacobinismos insinceros y de las trotonas de *boulevard*, de los vicios políticos y las instituciones degradadas. Sino la Francia, cuya alma supo hablar al alma de todos los hombres en su propio lenguaje; la Francia de las añejas virtudes familiares y sociales, que siguen anidando en las torres de Nuestra Señora, entre oraciones y ensueños; la Francia que cuando se la juzgó caída y moribunda, se levantó dispuesta al sacrificio, con ese gesto de fortaleza en el dolor y en el sufri-

